

Siempre tarde

- Otra vez tarde González. ¡Otra vez! - .

Habían sido las palabras de su jefe, temprano a la mañana, al llegar, como tantas otras veces, tarde a la oficina.

Se las repitió a sí mismo, como castigándose, mientras caminaba de regreso a su casa.

(Tic, tac...tic, tac.....tic, tac).

Luego de un largo y agotador día, de colectivos demorados, del ensordecedor bullicio de la ciudad, Tomás llegaba a su hogar. Cansado, sin ánimos y con ganas de que el día de mañana fuera diferente, abrió la heladera y sacó algo para comer.

(Tic, tac.....Tic, tac.....tic, tac).

Sentado en la mesa del comedor, notó como el reloj de pared iba perdiendo fuerza, como los segundos se estiraban hasta finalmente detenerse.

- Seguramente se han agotado las pilas -. Pensó en voz alta.

Buscó en los cajones de la cocina y en su vieja caja de herramientas, pero no logró encontrar ninguna pila que coincidiera con la que necesitaba.

En un último esfuerzo, decidió, por algún motivo, buscar en una caja de recuerdos que tenía guardada bajo la cama. La sacó de su lugar, quitó la tapa y comenzó a retirar uno a uno los artilugios que esta contenía. Tampoco había pilas, pero si encontró una vieja foto de cuando era más joven. Allí estaba él, sentado con una compañera de clases en el patio de la universidad, durante sus años de estudio.

Recordó, con un poco de dolor, que ese día las cosas no habían terminado bien. Había llegado tarde a clases, como siempre, y, por su culpa, o al menos eso creía, su grupo no había logrado exponer el tema. Todos reprobaron y debieron recursar. Sus amigos no se lo perdonaron y él terminó distanciado de ellos. Culminó la universidad unos años más tarde, cuando todo su grupo ya se había recibido tiempo atrás.

La nostalgia lo invadió rápidamente. Juntó las cosas de la mesa, las puso en la bacha de la cocina y se fue a dormir.

Ya en la cama, de camino entre la vigilia y el sueño, creyó escuchar como el reloj comenzaba a marchar nuevamente. Ahora con un sonido diferente, más severo y angustioso. Parecía funcionar en reversa.

(Tac, tic.....tac, tic.....tac, tic)

Sus ojos finalmente se cerraron.

Lo despertó el sol de la mañana que tímidamente asomaba por la ventana. Un poco confuso, bajó de la cama y tropezó. Se sentía como en otro cuerpo.

Caminó hasta el antebañó para lavarse la cara y los dientes. Pero al pararse frente al espejo se quedó helado. La imagen que devolvía el reflejo no era la suya. Al menos no del Tomás actual.

Pero si, era él, diez años atrás. El Tomás de la universidad.

Prendió el televisor, buscó el canal de noticias y, efectivamente, se había despertado una década en el pasado. Pero no cualquier día, el mismo día de la foto que había encontrado la noche anterior.

Buscó su mochila, la cual estaba colgada en el mismo perchero donde la dejaba cuando cursaba. La abrió, sacó su carpeta y encontró en la última página, en rojo y resaltado, una nota que decía: Defensa grupal del trabajo final ¡No llegues tarde González!

Era como si la vida le diera una nueva oportunidad.

Salió disparado del departamento, corrió hasta la parada del colectivo y se fue directo a la universidad.

Llegó a horario. El grupo defendió oralmente el trabajo, todos aprobaron y pasaron el curso. Esta vez no había fallado. Todo sería mejor.

Luego de los correspondientes festejos, volvió a su casa. Muy contento y relajado, colgó la mochila en el viejo perchero, se recostó en el sofá del living y comenzó a dormitarse. No sin antes notar que el reloj empezaba a sonar con esa misma gravedad que la noche anterior y, nuevamente, de reversa.

(Tac, tic.....tac, tic.....tac, tic)

El hipnótico sonido lo arrulló hasta que se durmió profundamente.

A la mañana siguiente, otra vez la misma sensación. Se sentía como en otro cuerpo, como un extraño.

Al sentarse en la cama notó algo muy extraño: Sus pies no tocaban el piso.

Dio un pequeño brinco, abrió la puerta de la habitación, aún un poco dormido, y se encontró en el terruño familiar. La vieja casa de Colón, en la que se había criado y crecido, y a la que nunca más había vuelto desde que comenzara la universidad.

Rememoró, con una puntada en el corazón, el motivo que lo llevó a no volver. Una fuerte discusión con sus padres, relativa a la elección de su carrera, diferente a lo que ellos pretendían.

Ahora que lo pensaba, había sido algo menor. Prácticamente sin importancia en la mente de un adulto, pero para un Tomás adolescente fue trascendental.

Alejando estos pensamientos de su mente, fue corriendo hasta la cocina, donde de niño desayunaba con sus padres. Al llegar, encontró a su madre sentada tomando el café y a su padre de pie frente a la mesada preparándose unas tostadas.

Los abrazó a ambos tan fuerte como pudo. Primero a su madre, a quien más extrañaba, y luego a su padre, con quien siempre había tenido una relación más distante.

Los padres, incrédulos se miraron entre sí, pero no dijeron una palabra. Una sonrisa se dibujó en el rostro de ambos.

Luego, el día transcurrió como en la infancia de cualquier niño. Horas de escuela, almuerzo en casa, una necesaria siesta, juegos por la tarde con amigos y cena con mamá y papá.

Finalmente, y otra vez, llegó la hora de dormir. Tomás sabía lo que estaba por pasar. Fue derecho a su cuarto, no sin antes despedirse con mucho afecto de sus padres, quienes seguían igual de incrédulos que por la mañana, se metió a la cama, se tapó y prestó mucha atención al sonido de las manecillas del reloj que tenía en su mesa de noche.

Allí estaba.

(Tac, tic.....tac, tic.....tac, tic)

La cuenta regresiva, otra vez.

- ¿A dónde me llevará en esta ocasión? – Pensó para sí.

No le costó dormirse. Estaba agotado.

Y otra mañana llegó. Esta vez la sensación era aún más extraña que las veces anteriores. Todo se veía incrementado.

- Hola precioso – Dijo una dulce voz que creía recordar.

E inmediatamente unas cálidas manos lo alzaron y lo llevaron a su pecho.

- Mamá – Intentó decir. Pero sólo escuchó un balbuceo ininteligible.

Como en un trance, sus ojos se conectaron con los de su madre y no los pudo despegar. Los cerró por un segundo y se acomodó contra el cuerpo de ella.

De fondo, una voz más grave y alegre preguntó:

- ¿Ya está despierto el futuro ingeniero? –

Era su padre. Un hombre joven, de la edad que él tenía un poco después de comenzar la universidad. Un chico en realidad.

Y el día pasó, así, en brazos, recibiendo besos, caricias y tomando siestas. Hasta la noche.

Pero en esta oportunidad, la emoción que le había dado oír el reloj la última vez, le produjo un poco de preocupación.

Recostado en su cuna, luchando por mantener los ojos abiertos, escucho:

(Tac, tic.....tac, tic.....tac, tic)

El irrefrenable sonido.

Lloró, pataleo, pero no había forma. El sueño había llegado.

Apenas un segundo después de dormirse, una poderosa luz blanca lo despertó. Pero esta vez no había sensaciones extrañas, se sentía bien con su forma, libre.

Pronto notó que todo era luz. No había más que luz. Y que su cuerpo no existía como tal.

Notó, muy en el horizonte, un pequeño punto negro, como vacío. El punto comenzó a acercarse, y con este aquel sonido.

(Tic, tac.....tic, tac.....tic, tac)

El pequeño punto en el horizonte ya ocupaba gran parte de la visual y crecía a cada segundo.

(Tic, tac...tic, tac, tic, tac, tic, tac)

Oscuridad total. Otra vez, cansancio. Otra vez, el sueño. Este era el fin, o el inicio.

(Tic, tac, tic, tac, tic, tac, tic, tac.....)

Cuando despertó no entendía nada. ¿Era un bebé?, ¿un niño?, ¿un adolescente?

¿Dónde estaba?, ¿qué hora era?

Recorrió su brazo izquierdo con la mano derecha y encontró su reloj pulsera. Deslizó el dedo índice sobre el sensor y se llevó el display al rostro.

Rápidamente se sentó en la cama y se tomó la cabeza con las dos manos.

- ¡Noooo! Otra vez tarde González. ¡Otra vez! - . Se dijo para sí y salió de la cama.